

Profesor William Anseume, Presidente, y demás integrantes de la Junta Directiva de la Asociación de Profesores de la Universidad Simón Bolívar; Profesor Enrique Planchart, Rector, y demás autoridades de la Universidad; colegas profesores y otros miembros de la comunidad universitaria; invitados especiales, familiares, visitantes, amigos todos:

Hablando como se me ha pedido en representación de mis colegas galardonados, estoy cierto de no equivocarme si digo por ellos, tanto como por mí mismo, que estamos honrados y agradecidos por esta distinción que se nos otorga y este reconocimiento que se hace a nuestra labor, tanto más significativos por cuanto emanan de nuestros pares, integrantes de los jurados de los diversos premios, colegas y compañeros de trabajo que entienden mejor que nadie la ímproba y cada vez más ardua tarea de cumplir con nuestras obligaciones y contribuir con nuestro humilde pero honesto esfuerzo a sostener la misión y visión de esta nuestra Simón, encarnación del ideal platónico de una institución que debería ser la cumbre del saber, del indagar, del pensar y del hacer.

Al pergeñar estas apresuradas líneas, compuestas en el fragor de la semana 12, creo, porque ya se hace difícil llevar la cuenta, no ha parado de revolotearme por la mente una frase que es un recuerdo de la infancia, de aquellos tiempos encantados en que descubrí las revistas de “PatoAventuras”, surgidas de la pluma inigualable del excelso Carl Barks, que hoy se consideran como clásicas y en las cuales admiten abiertamente haber hallado inspiración otros creadores, tales como Steven Spielberg para su Indiana Jones y George Lucas para su Guerra de las Galaxias. En las geniales historietas de Barks, el Pato Donald, sus tres sobrinos y su fabulosamente acaudalado Tío Rico MacPato vivían aventuras que nada tendrían que envidiar, en exotismo y emoción, a las más recientes súper-producciones del cine y la televisión. Pero de todas

esas peripecias fantásticas en tupidas selvas tropicales, en ariscas cumbres inexpugnables, en ignotos mundos subterráneos, la imagen que con insistencia se me ha estado viniendo a la memoria en estos días es una escena mundana, inocente y sin embargo cargada de oscuros presagios: Donald yendo por las calles de Patolandia y cruzándose una y otra vez en su camino con un melancólico personaje que le suelta, como un leitmotiv sombrío e inquietante, este dolorido lamento: “Los tiempos son malos, ¿no, amigo?”

Sí, amigos, los tiempos son malos, qué duda cabe. Son tan malos que se requiere un sostenido esfuerzo para no dejarse abatir por ellos. Son tan malos que nos mantienen con la adrenalina al tope de la escala, disparando la reacción refleja más primitiva y ancestral de nuestro cerebro paleo-mamífero, de nuestro sistema límbico: pelear o huir. Y así hay quienes deciden pelear, y así hay quienes prefieren huir. Aunque también hay quienes oponen respuestas más avanzadas en la escala evolutiva, pero siempre derivadas de nuestra ascendencia animal, tales como quedarse inmóviles y en silencio (en algunos casos, paralizados), incluso hacerse los muertos, para que la fiera que los acosa no detecte su presencia ni se sienta recíprocamente amenazada por ellos. Y por último, en el caso más escalofriante, hay quienes, enfrentados a la bestia humana, que es la peor de todas, como bien sabía Émile Zola, se resignan a dejarse morder y contagiar por ella, tornándose así en muertos vivientes. Como bien enseñan el cine y la literatura, los zombis fueron antaño gente como uno, pero han sido infectados por un virus apocalíptico que les ha aniquilado la razón, la conciencia y cualquier semblanza de humanidad.

Pero aunque los tiempos sean malos, amigos, quiero creer que no tan absolutamente malos. En mi caso, al menos, y ya desde hace un rato estoy hablando a título más bien personal, hace un año o poco más no habría podido enfundarme en este traje que hoy se me ordenó vestir, porque no habría entrado en él ni por mucho forcejeo, ni por mucho

contener la respiración, ni por mucho talco al que recurriera. En cambio, hoy no solo puedo lucirlo, sino caminar e incluso sentarme con él, y hasta la corbata me queda algo floja. ¿Ven? Prueba de que no es tan abrumadoramente pernicioso la dieta presidencial. Ojalá tuviera también los otros efectos secundarios de los cuales se ufana su creador.

“A nuestro parecer, cualquiera tiempo pasado fue mejor”, advertía Jorge Manrique, pero ¿hubo realmente una Edad de Oro, una era idílica que albergara las utopías de Edén, Arcadia, Jauja, Lemuria, Erewhon? Por ejemplo, bien quisiera yo, melómano empedernido y pseudo-pianista, valiéndome de la máquina fabulosa de Herbert George Wells, materializarme en tiempos y lugares pretéritos para presenciar, oír, disfrutar recitales en vivo donde pudiera experimentar, de primera mano, la majestad de Bach, la perfección de Mozart, la iracundia de Beethoven, la pirotecnia de Liszt, el romanticismo de Chopin, la sensibilidad de Clara Wieck, y tantos otros nombres que revisten carácter legendario. Empero, me temo que tal vez regresaría al presente no solo decepcionado de esos teclados, indignos de compararse a un moderno piano de concierto, sino peor aun, desencantado del toque, de la interpretación, de la técnica, si resultaran ser tan prosaicas como las que nos legaron algunos artistas de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, en forma de rollos de pianola o cilindros de victrola que delatan sus idiosincrasias, imperfecciones y limitaciones.

Además, una cosa es ir de visita, lo que podría llamarse cronoturismo, y otra muy diferente es ir para quedarse, o sea cronemigración. Por coincidencia (o quizás no tanto), hojeando en días pasados una revista en la sala de espera del consultorio médico, me topé con un artículo en el que diversos estudiosos de la historia respondían la pregunta: ¿En qué época le hubiese gustado vivir a usted? Respondía una: En los tiempos del faraón Akhenatón y la

reina Nefertiti, para conocer las causas de los cambios profundos ocurridos en ese tiempo. Decía otro: Acompañando a Hernán Cortés en la conquista del Nuevo Mundo. Suspiraba aquella: Hubiera querido ser pintora rupestre, y dejar mi obra en las paredes de la cueva de Altamira. Anhelaba aquel, algo más realistamente: En el París de la Era de las Revoluciones, no especialmente agradable para vivir, pero más esperanzador, por su fertilidad política e intelectual, que este inhumano siglo XXI. ¡Qué romanticismo, qué desubicación! Ninguno de los entrevistados podía estar pensando seriamente en haber pasado la suma total de sus días, nacido, mal vivido y fallecido sin duda prematuramente en el tiempo y el lugar al cual hacía alusión. ¿Quién querría volver a los tiempos de las crucifixiones, de los empalamientos, de los descuartizamientos, de los tormentos del potro y la doncella de hierro, de las hogueras anti-heréticas de la Inquisición? ¿De la disentería, de la peste negra, de la malaria, de la posesión diabólica o el castigo divino como justificación de cualquier dolencia desconocida e inexplicable? ¿Quién estaría feliz de vivir antes de la invención o del descubrimiento de los antibióticos, de las vacunas, de la pasteurización, de la electricidad, del gas doméstico, de las redes de aguas blancas y negras, en fin, de todos los avances de la medicina, la química, la biología, la electrónica, la computación? ¿Quién se privaría, por haber nacido antes de tiempo, de haber visto las obras de Michelangelo, Boticelli, Escher, Miró, o leído las de Shakespeare, Cervantes, Borges, Bolaño? ¿Quién privilegiaría la barbarie, la esclavitud, la sumisión y el analfabetismo por encima del civismo, de la cultura y de la libertad? ¿Quién en su sano juicio, exceptuando algunos ilusos, engañados o ignorantes, modelaría la vida en el siglo XXI sobre rancias y desacreditadas doctrinas del siglo XIX?

Sí, amigo Manrique, “cuán presto se va el placer, cómo, después de acordado, da dolor”. Cuán efímeros son los ideales de una época, y como son barridos, dispersados, superados por los paradigmas de la

que le sigue. Es alentador, entonces, creer que cualquiera tiempo futuro será mejor. Confiar en el progreso, en la fuerza evolutiva de la historia, en la capacidad inagotable del futuro para cumplir nuestras esperanzas y ofrecernos nuevas y sorprendentes oportunidades. Y esto no significa ser panglosiano, sino rendirse a la evidencia empírica. Cuando entré a la Universidad para estudiar ingeniería, aprendí que ciertos laboriosos cálculos se podían facilitar empleando tablas de logaritmos y otras funciones matemáticas, convenientemente recopiladas en un librito que prontamente se hizo indispensable; como lo fue también más tarde la afamada y revolucionaria regla de cálculo, tan imprescindible e insustituible en ciencia e ingeniería que los escritores de ciencia ficción la suponían todavía en uso en el espacio intergaláctico más allá del año diez mil. Solo que en el mundo real apareció una maquinita de engranajes que se operaba manualmente con una manivela y tintineaba alegremente al realizar las cuatro operaciones, la cual a su vez no tardó mucho en evolucionar a una versión que, oh maravilla, ya no traía manivela porque se enchufaba al tomacorriente. Y casi sin respiro, algo más asombroso, un aparato de mano que en su origen calculaba solo las cuatro operaciones, pero que pronto adquirió habilidades mucho más extensas e incluso se hizo programable. Sorprendente, pero no tanto como el primer encuentro con la computadora “mainframe”, a la cual había que instruir con tarjetas perforadas, una por cada línea de programa, de donde nació una nueva profesión, la de “perfo-verificadora”, una tecno-mecanógrafa que se encargaba de abrirle los agujeritos a las tarjetas, tarea que le estaba vedada a los seres inferiores como nosotros los estudiantes. ¡Ah la IBM 1620, con sus 64K de memoria RAM! Tan poquita cosa frente al centro de computación de mi Universidad de postgrado, en el frente de onda de la tecnología, tan de avanzada que ya nos dejaban perforar nuestras propias tarjetas y entregarlas en el mesón de recepción, eso sí con infinito cuidado para que no se nos fueran a desordenar y perder la secuencia, para que los operadores las alimentaran a las fauces de la

máquina y nos dieran nuestros resultados en un increíblemente breve lapso, a veces hasta menos de 24 horas (“sorry, it didn’t run”; lo siento, no corrió).

En aquel tiempo fueron creadas las computadoras “desktop”. Ya estaba yo aquí en la Simón cuando mi jefe de Departamento de ese entonces, un visionario sin duda, adquirió para nuestro uso la primera Kaypro, y luego una Apple II, con su lenguaje de programación Applesoft, entrada de datos por cassette (¿recuerdan el cassette?) y salida por impresión en rollos de papel térmico. Y allí se disparó la cosa, porque la computadora se hizo personal, contradiciendo el sentencioso dictamen de aquel ejecutivo de IBM, quien aseveró que nadie jamás iba a querer o necesitar una computadora en su casa. La cual computadora, a la vuelta de poco, ni siquiera estuvo fija sobre nuestro escritorio, se volvió portátil, devenida en “notebook”, “tablet” y hasta “phablet”, para emparentarse, enlazarse con el árbol genealógico del teléfono, que también empezó siendo de manivela, pasó por la etapa en que el usuario era apenas un humilde solicitante del servicio, benévolamente concedido por unas hadas invisibles llamadas “operadoras”, y el aparato fue encogiéndose al tiempo que adquiría independencia, primero prisionero en la pared, más tarde reposando sobre un mueble especial llamado “telefonera”, para luego hacerse móvil, portátil, de mano y por último de bolsillo. Todo esto en el lapso de tres cuartos de mi vida.

¿Cuánto tiempo más puede faltar entonces para la computación cuántica, la cura contra el cáncer, la colonización de Marte y de Venus, la inteligencia artificial, la abolición de las supersticiones, de las monarquías y de las tiranías? ¿Cuánto más para que Equinoccio publique por fin mi libro? ¿Quién puede predecir el futuro? ¿Podría yo haber prefigurado, oculta entre las páginas del libro de tablas matemáticas de Rinehart, la imagen de un celular inteligente?

¿Podría alguno de los presentes en 1901 en la ceremonia de entrega del primer Premio Nobel de Literatura, viendo al poeta francés Sully Prudhomme recibirlo ataviado de rigurosa levita negra, cuello duro y corbata de lazo, haber avizorado al Bob Dylan de 2016? El futuro se resiste a los quirománticos, los horoscópicos, los oráculos, los lectores de las entrañas de las aves, del tarot, de las bolas de cristal y de las hojas de té, los lanzadores de dados y de palillos chinos. El futuro se mofa de los encuestadores y hasta de los escritores de la mal llamada “anticipación científica”. El preclaro Jules Verne, capaz de profetizar los submarinos nucleares, supuso sin embargo que el carbón continuaría siendo la principal fuente mundial de energía, hasta agotarse y ser sucedido por el hidrógeno; nunca vio venir el petróleo. El riguroso Arthur Clarke, anticipador de las comunicaciones vía satélite y audiovisuales, erró sin atenuantes al fechar en 2001 la existencia de grandes estaciones espaciales, vuelos comerciales a la Luna, y enormes naves tripuladas capaces de llegar hasta Júpiter. Hasta el sapiente Isaac Asimov, impulsor de la robótica y de la inteligencia artificial, creyó con típica convicción rusa que una computadora, para ser más poderosa, tenía que ser más grande. Mirando la Univac de Sperry Rand, no supo intuir que su descendencia incluiría a la MacBook Air de Apple. Que aquellos dinosaurios evolucionarían en estas golondrinas.

No es lo mismo vidente que visionario. El futuro no es de quienes lo predicen, sino de quienes lo producen. De quienes lo forjan, lo fabrican, trabajan para moldearlo y volverlo realidad. Y si de verdad creemos que nuestra Simón merece ser llamada “la Universidad del futuro”, esta tiene que ser nuestra tarea, asimilando las lecciones agrídulces del pasado, defendiendo con firmeza lo bueno del presente, y preparando con ilusión lo mejor del futuro. Así como la larga noche de la Edad Media dio paso al Renacimiento, y al dogmatismo intransigente sucedió triunfal la indagación libre y natural, esta calima que hoy nos envuelve y nos sofoca tendrá por necesidad,

“eppur si muove”, que desvanecerse en nuestro indetenible retorno a los valores que sostenemos como inalienables. Otras dos frases me han perseguido en estos últimos días, de procedencias muy distintas y sin embargo atinentes a esta situación y complementarias en su yuxtaposición. La primera es el lema de la Universidad que me formó en Chile. Plasmado en su escudo de armas, proclama su razón de ser, que es guiar, instruir, propiciar, ayudar al individuo y a la sociedad a salir de las sombras hacia la luz del sol, de las tinieblas de la ignorancia a la claridad del conocimiento. Dice en latín: “Ex umbra in solem”. La otra frase la hemos oído y coreado reiteradamente en estos tiempos que corren. Vez más, vez menos, nos hemos hecho eco de este mantra que resume y alienta las esperanzas de una sociedad acosada, pero no rendida; en desventaja, pero no vencida, sino confiada y segura de su capacidad para remontar la adversidad: “Sí se puede”. Unidas me dicen: ¿Ex umbra in solem? ¡Sí se puede! Sí, amigos, aunque los tiempos sean malos y oscuros (y lluviosos, por añadidura), los que vienen serán mejores y más luminosos.

Es bueno estar aquí y ahora; me siento agradecido de ello. Doy gracias por los tiempos malos y por los buenos; por las facilidades y por las dificultades; por la oportunidad para aprender y enseñar, para ser formado y formar, para custodiar, comunicar e incrementar el conocimiento, para tener una voz que pueda ser oída, respetada y ocasionalmente, como hoy, celebrada. Doy gracias por este lugar y este tiempo que esperan, que necesitan, que demandan nuestro aporte para la construcción del futuro; por la libertad de pensar sin doblegarnos a las tiranías fugaces del momento. Doy gracias por los estudiantes que son el fundamento de nuestra vocación, tanto el estudiante brillante que nos hace sentir realizados, como también aquel al que le pusimos 1 sobre 20, y hasta ese solitario punto fue un regalo, porque en el examen tuvo un solo número bueno: su número de carnet.



En un cuento breve y maravilloso titulado “An die Musik”, la escritora Ursula Kroeber Le Guin se plantea esta interrogante (la traducción es mía): “¿Por qué creó Dios a Franz Schubert? ¿Para que expiara los pecados de otros hombres? ¿Y por qué también lo mató justo cuando había alcanzado las alturas de su último quinteto? Pero Schubert no tuvo dudas de por qué Dios lo había creado. Para escribir música, por supuesto. ¡Du holde Kunst, ich danke dir! Increíble. Ese loco pequeñito, enfermizo y feo, garabateando su música como un desquiciado más, sin llegar nunca a oírla interpretada – ¡Du holde Kunst! ¿Cómo se diría, ‘precioso arte’? ¿‘Dulce arte’?”

Cierto, Schubert era Schubert, genio musical por la gracia de Dios. Nosotros somos apenas nosotros. Pero hemos sido puestos aquí y ahora en el espacio-tiempo, teniendo por todo bagaje y capital este pequeño puñado de talentos, que como en la parábola bíblica tenemos que poner a redituar, y por los cuales tendremos que rendir cuentas. Solo nos queda anhelar que, así como hoy ustedes han tenido la generosidad de reconocer nuestras actuaciones, algo de nosotros perdure cuando hayamos pasado de este tiempo y de este lugar, ya sea una enseñanza, un escrito, una influencia, una impronta, algo que suscite añoranzas y memorias ojalá afectuosas de estos profesores que, al transitar por estas aulas, depositaron lo mejor de sí como ofrenda ante el altar del precioso y dulce arte de la educación. Y cuando hubo ocasión de brindar, brindaron por el futuro.

Muchas gracias.

Sartenejas, diciembre de 2016

Claudio Olivera Fuentes

Profesor Emérito

Premio “Simón Rodríguez” 2016 a la trayectoria docente